

A stylized illustration of a palm tree in shades of orange and yellow, set against a solid red background. The palm tree is positioned behind the main title text.

NAOMI KLEIN

**LA
BATALLA
POR EL
PARAÍSO**

**PUERTO RICO Y EL
CAPITALISMO DEL DESASTRE**

PAIDÓS

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

NOTA PRELIMINAR

PREFACIO

UN OASIS SOLAR

LA INVASIÓN DE LOS PUERTOPIANS

UNA ISLA QUE ESTÁ HARTA DE LA EXPERIMENTACIÓN
FORÁNEA

«BIENVENIDA A LA TIERRA MÁGICA»

LA DOCTRINA DEL SHOCK TRAS SHOCK, TRAS SHOCK

PÉRDIDA DE ESPERANZA, DISTRACCIÓN, DESESPERACIÓN Y
DESAPARICIÓN

LA CONVERGENCIA DE LAS ISLAS DE LA SOBERANÍA

UNA CARRERA CONTRA RELOJ

AGRADECIMIENTOS

THE INTERCEPT

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Entre los escombros del huracán María, los puertorriqueños y los «Puertopians» multimillonarios están atrapados en una batalla campal para decidir cómo reconstruir la isla. En esta vital y asombrosa investigación, Naomi Klein revela cómo las fuerzas de las políticas del shock y del capitalismo del desastre buscan minar la visión radical y resiliente de una recuperación justa.

Naomi Klein

La batalla por el paraíso

Puerto Rico y el capitalismo del desastre

Traducción de Teresa Córdova Rodríguez

PAIDÓS Estado y Sociedad

Todas las regalías obtenidas por la venta de este libro irán directamente a JunteGente, un espacio de encuentro entre organizaciones de resistencia al capitalismo del desastre que luchan por una recuperación justa y sostenible de Puerto Rico. Para más información visite <juntegente.org>.

PREFACIO

A pocas semanas del paso del huracán María por Puerto Rico, lxs miembrxs de PAREs —un colectivo de profesorxs creado en defensa de la educación pública como un bien común a inicios de la huelga estudiantil de la Universidad de Puerto Rico en 2017— se reunieron para discutir cómo enfrentar de forma solidaria la devastación del país y de la universidad, así como el recrudescimiento de las políticas neoliberales que ya se avecinaban.

Sabíamos que el verdadero desastre no era el huracán, sino la terrible vulnerabilidad en la que nos han dejado las décadas de relación colonial con Estados Unidos, la imposición de políticas de privatización de la salud y otros servicios, los despidos masivos, el cierre de escuelas, los recortes en derechos sociales y en inversión para el bienestar colectivo, el abandono de la infraestructura física y social y los altos niveles de corrupción e ineptitud gubernamental. La imposición de una Junta de Control Fiscal para pagarles a los bonistas una deuda de 73.000 millones de dólares —que a todas luces es impagable, ilegal e ilegítima— mediante la privatización de la electricidad y las escuelas, el aumento en los costos de servicios básicos, los recortes masivos en la educación pública, las pensiones, los días de vacaciones y otros derechos, incrementaba esta vulnerabilidad, dejando a la gran mayoría de la gente en Puerto Rico sin un futuro esperanzador; y todo esto fue antes de que el huracán María llegara a nuestras costas.

En PAREs decidimos hacer una serie de foros sobre los desastres con el fin de generar debates públicos y pensar formas colectivas de resistencia y de

crear alternativas a estos desastres. Invitamos como primera ponente a Naomi Klein por su trabajo sobre la «doctrina del *shock*» y el «capitalismo del desastre». Nuestro objetivo era visibilizar la aplicación del capitalismo del desastre en Puerto Rico y sus problemas, promover alternativas justas y ecológicas a estas políticas y fortalecer la defensa del proyecto de educación pública como un bien común. Queríamos, además, denunciar el uso del huracán para promover las políticas neoliberales —popularmente rechazadas— que atentan contra el bienestar de nuestro país y en especial de sus habitantes más vulnerables. Son políticas que limitarán el acceso a los recursos básicos como el agua, la electricidad y la vivienda, y que destruyen nuestro medio ambiente, nuestra salud, nuestra democracia, nuestra calidad de vida y nuestra estabilidad económica, mientras incrementan la transferencia de riqueza a los que ya son ricos.

Naomi aceptó muy solidariamente nuestra invitación y en enero de 2018 nos acompañó durante una semana intensa, que incluyó un foro en el Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico con más de mil quinientos asistentes y una cobertura amplia en los medios. También realizamos viajes de investigación sobre los temas de la deuda y las políticas de privatización, la soberanía energética y la soberanía alimentaria. Su visita terminó con un encuentro de alrededor de sesenta organizaciones de resistencia, un evento que se ha repetido en varias ocasiones desde entonces y que dio lugar a la creación de la alianza JunteGente, con miras a aunar esfuerzos en la lucha por el futuro de Puerto Rico. Su visita ayudó a proyectar reflexiones sobre cómo construir un «contra *shock*» desde la sociedad civil organizada en resistencia que logre impulsar a escala nacional alternativas al neoliberalismo.

Este libro, producto de esa intensa investigación y de esas conversaciones, muestra claramente la coyuntura histórica en la que se encuentra Puerto Rico. Al interconectar las historias de las luchas por la agroecología, la democracia energética y la educación pública y las luchas contra los ultrarricos que quieren comprar barato nuestro país, Naomi pone de manifiesto de forma aguda y cautivadora la esencia de la batalla que se está librando entre visiones totalmente opuestas: la utopía (para nosotros distópica) de un Puerto Rico que es un *resort* para los ricos, y la utopía de un

Puerto Rico equitativo, democrático y sostenible para todxs sus habitantes. Al mismo tiempo, Naomi ha logrado atender las complejidades históricas de este momento vinculando las luchas actuales con una larga trayectoria de experimentos coloniales y neoliberales. El libro es, por tanto, lectura obligada para cualquiera que quiera entender la crisis por la que atraviesa Puerto Rico y lo que se juega en ella, que no es nada menos que la supervivencia de los habitantes de nuestro hermoso archipiélago caribeño.

FEDERICO CINTRÓN MOSCOSO

GUSTAVO GARCÍA LÓPEZ

MARIOLGA REYES CRUZ

JUAN CARLOS RIVERA RAMOS

BERNAT TORT ORTIZ

Profesorxs Autoconvocadxs
en Resistencia Solidaria (PAREs)

Abril, 2018

UN OASIS SOLAR

Al igual que a todo Puerto Rico, el huracán María sumió al pequeño pueblo montañoso de Adjuntas en la penumbra total. Cuando los habitantes salieron de sus hogares para evaluar la magnitud de los daños, se encontraron no solo sin energía eléctrica ni agua, sino también totalmente aislados del resto de la isla. Todas las calles estaban obstruidas, ya fuera por montañas de lodo que se habían deslizado desde los picos adyacentes o por ramas y árboles caídos. Sin embargo, en medio de esta devastación existía un lugar luminoso.

Cerca de la plaza pública resplandecía una luz a través de cada una de las ventanas de una gran casa colonial pintada de rosa. Relucía como un faro en medio de la tenebrosa oscuridad.

Esa casa rosa era Casa Pueblo, un centro comunitario y ecológico con profundas raíces en esa parte de la isla. Hace veinte años sus fundadores, una familia de científicos e ingenieros, instalaron paneles solares en el tejado del centro, algo que en aquel momento parecía una excentricidad *hippy*. De alguna manera, esos paneles (que se actualizaban con el transcurso de los años) sobrevivieron a los vientos huracanados del María, así como a los objetos que cayeron sobre ellos. Ello supuso que, a lo largo de kilómetros y

kilómetros, dentro del mar de oscuridad que sucedió a la tormenta, Casa Pueblo era el único lugar que tenía energía estable.

Y, como polillas a una llama, la gente de todas las montañas próximas se abrió camino hacia esa luz cálida y acogedora.

Esa casa rosa, que ya era un centro comunitario antes de la tormenta, se convirtió rápidamente en el centro de mando para los esfuerzos autogestionados de socorro. Pasarían semanas antes de que la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias o cualquier otra agencia llegara con ayuda significativa, por lo que las personas fueron masivamente a Casa Pueblo en busca de alimentos, agua, toldos y sierras eléctricas, así como para abastecerse de la preciada fuente de energía para recargar sus aparatos electrónicos. Incluso, lo que es más crucial aún, Casa Pueblo se convirtió en una especie de hospital de campaña improvisado. Sus cuartos ventilados se llenaron de personas mayores que necesitaban conectar sus máquinas de oxígeno.

Gracias también a esos paneles solares, la estación de radio de Casa Pueblo pudo continuar transmitiendo, convirtiéndose así en la única fuente de información de la comunidad cuando los cables de transmisión eléctrica y las torres de telecomunicaciones caídos habían cortado todo lo demás. Veinte años después de que se instalaran esos paneles solares en el techo, ya no parecían un capricho. De hecho, parecían la mejor posibilidad de supervivencia en un futuro que seguramente traerá consigo más *shocks* climáticos de la magnitud del María.

Visitar Casa Pueblo en un viaje reciente a Puerto Rico fue algo así como una experiencia vertiginosa; fue un poco como adentrarme por un portal a otra dimensión, a un Puerto Rico paralelo en donde todo funcionaba y el ánimo desbordaba de optimismo.

Esto fue particularmente chocante porque había pasado gran parte del día en la costa sur, que está grandemente industrializada, conversando con algunas personas que habían sufrido los impactos más crueles del huracán María. No solo se habían inundado sus barrios ubicados en zonas bajo el nivel del mar, sino que también temían que la tormenta hubiera dispersado los materiales tóxicos de las centrales eléctricas que queman combustibles

fósiles, así como de los campos de experimentación agrícola, y no tenían esperanzas de que se pudiera comprobar. Como agravante —y a pesar de vivir en las cercanías de dos de las centrales eléctricas más grandes de la isla—, muchos de ellos todavía no tenían servicio eléctrico.

La situación se percibía como persistentemente desoladora y aún más con el calor asfixiante. Pero después de conducir montaña arriba y de llegar a Casa Pueblo, los ánimos cambiaron al instante. Nos recibieron unas puertas abiertas de par en par, así como el café orgánico recién colado proveniente de la propia hacienda del centro, que es gestionada por la comunidad. Arriba, un aguacero purificador martillaba sobre los preciados paneles solares.

Arturo Massol Deyá, un biólogo barbudo que preside la junta de directores de Casa Pueblo, me llevó en un pequeño recorrido por las instalaciones: la estación de radio, un cine solar que instauraron después de la tormenta, un mariposario, una tienda de productos artesanos locales y su increíblemente popular marca de café. También me guio a lo largo de las fotografías enmarcadas en la pared: masas de personas que protestaban por las minas a cielo abierto (una batalla ardua que Casa Pueblo ayudó a ganar); imágenes de su bosque escuela, en el que brindan educación en los exteriores; y escenas de una protesta en Washington D.C. contra un gasoducto propuesto que atravesaría esas montañas (otra victoria). El centro comunitario era un híbrido extraño de albergue ecoturista y célula revolucionaria.

Mientras se acomodaba en un sillón de madera, Massol Deyá contaba cómo el huracán María había cambiado su percepción de lo que es posible en la isla. Explicó que durante muchos años había abogado por que el archipiélago obtuviera mucha más cantidad de energía de fuentes renovables. Había advertido durante mucho tiempo de los riesgos asociados a la sobrecogedora dependencia de Puerto Rico del combustible fósil importado y de la generación centralizada de energía. Una gran tormenta, había vaticinado, podía tumbar toda la red, especialmente después de décadas de despidos de trabajadores expertos y de falta de mantenimiento.

Ahora, todas las personas cuyos hogares estaban a oscuras entendieron esos riesgos, justo del mismo modo como el pueblo completo de Adjuntas podía ver una Casa Pueblo bien iluminada y comprender las ventajas de la

energía solar que se produce en el lugar mismo donde se consume. Como planteó Massol Deyá: «Nuestra calidad de vida era buena antes porque funcionábamos con energía solar. Y, después del huracán, nuestra calidad de vida es buena también. [...] Este fue un oasis de energía para la comunidad».

Es difícil imaginar un sistema eléctrico más vulnerable a los *shocks* amplificados por el cambio climático que el de Puerto Rico. Un impactante 98 % de su electricidad proviene de combustibles fósiles. Sin embargo, como no tiene ninguna fuente de petróleo, gas o carbón, todos esos combustibles se importan por barco. Luego se transportan por camión y oleoductos a un puñado de descomunales centrales eléctricas. Después, la electricidad que generan esas centrales se transmite a lo largo de distancias inmensas mediante cables suspendidos y un cable submarino que conecta la isla de Vieques con la isla grande. El coloso completo es monstruosamente caro, lo que provoca que el costo de la electricidad sea casi el doble del promedio estadounidense.

Tal como habían alertado los ambientalistas como Massol Deyá, el María causó rupturas devastadoras en cada tentáculo del sistema eléctrico de Puerto Rico: el puerto de la bahía de San Juan, que recibe una cantidad significativa del combustible importado, entró en crisis y unos diez mil contenedores de carga repletos de abastecimientos imprescindibles se apilaron en los muelles en espera de ser entregados. Muchos camioneros no podían llegar hasta el puerto, ya fuera porque las carreteras estaban obstruidas o porque estaban luchando por salvar a sus propias familias del peligro. Con un suministro reducido de diésel por toda la isla, algunos simplemente no pudieron conseguir el combustible para llegar. Las colas en las gasolineras se extendían varios kilómetros. La mitad de las gasolineras de la isla no estaban en funcionamiento. La montaña de abastecimientos estancados en el puerto crecía cada vez más.

A la vez, el cable que conectaba a Vieques quedó tan afectado que incluso ahora, seis meses después, no se ha arreglado. Y por todo el archipiélago, el tendido eléctrico que transportaba la electricidad desde las centrales estaba tirado en el suelo. El sistema completo estaba, literalmente, caído.

Este colapso general, explicó Massol Deyá, ahora le permitía plantear una transformación radical y veloz a las energías renovables. En un futuro en el que seguramente habrá más *shocks* climáticos, conseguir energía de fuentes que no precisan de extensas redes de transporte es algo simplemente de sentido común. A Puerto Rico, a pesar de ser pobre en combustibles fósiles, lo baña el sol, lo azota el viento y lo rodean las olas.

Las energías renovables, no obstante, no son en absoluto inmunes a los daños de las tormentas. En algunos parques eólicos puertorriqueños, las aspas de las turbinas se quebraron por los fuertes vientos del María (aparentemente porque no estaban instaladas correctamente) y algunos paneles solares que no estaban bien asegurados salieron volando. Esta vulnerabilidad es parte de la razón por la que Casa Pueblo y muchos otros hacen hincapié en el modelo de microrredes para las fuentes renovables de energía. En vez de depender de algunos pocos campos solares y parques eólicos que luego distribuirían energía mediante líneas de transmisión extensas y vulnerables, unos sistemas más pequeños y basados en las comunidades podrían generar la energía allí donde se consume. Si la red más grande sufre daños, estas comunidades podrían simplemente desconectarse de ella y seguir alimentándose de las microrredes.

Este modelo descentralizado no elimina el riesgo, pero haría que el tipo de apagones totales que sufrieron los puertorriqueños durante varios meses —y por el que cientos de personas todavía están pasando— sea cosa del pasado. Aquellos que tengan paneles solares que sobrevivan a la próxima tormenta podrán, como Casa Pueblo, estar a pleno rendimiento el día siguiente. «Y los paneles solares se pueden reemplazar fácilmente», destacó Massol Deyá, algo que no ocurre con el tendido eléctrico y los oleoductos.

En parte para proclamar el evangelio de las energías renovables, en las semanas siguientes a la tormenta Casa Pueblo repartió catorce mil linternas solares: unas pequeñas cajas cuadradas que se recargan durante el día si se dejan en el exterior para que, por la noche, puedan servir como los tan necesitados focos de luz. Recientemente, el centro comunitario ha logrado distribuir un gran cargamento de refrigeradores que funcionan con energía solar, lo que significa una gran mejora para los hogares del interior del país

que todavía no tienen electricidad.

Casa Pueblo también ha lanzado la campaña #50ConSol, que reclama que el 50 % de la electricidad de Puerto Rico provenga del sol. Ha estado instalando paneles solares en decenas de viviendas y negocios en Adjuntas, incluida, más recientemente, una barbería. «Ahora hay hogares que están pidiéndonos apoyo», comentaba Massol Deyá, lo que supone un claro cambio respecto de aquellos días en los que, no hace mucho, los paneles solares de Casa Pueblo se percibían como objetos ecológicos de lujo. «Vamos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para cambiar ese panorama y decirle al pueblo de Puerto Rico que un futuro distinto es posible.»

Varios puertorriqueños con los que conversé se refirieron casualmente al María como «nuestra maestra». Ello es debido a que, en medio de las convulsiones causadas por la tormenta, la gente no solo descubrió lo que no funciona (que era casi todo), sino que también aprendió muy rápidamente que algunas cosas funcionaban sorprendentemente bien. Arriba, en Adjuntas, era la energía solar. En otras partes eran las pequeñas fincas orgánicas que se valían de métodos tradicionales de cultivo que tenían la capacidad de resistir a inundaciones y vendavales. En cada caso, las profundas relaciones comunitarias, así como los vínculos fuertes con la diáspora puertorriqueña, pudieron brindar auxilio para salvar vidas, mientras que el Gobierno fallaba una y otra vez.

Casa Pueblo la fundó hace treinta y ocho años el padre de Arturo, Alexis Massol González, a quien en 2002 se le otorgó el prestigioso Premio Goldman por su liderazgo ambiental. Massol González comparte con su hijo la creencia de que el María ha abierto una ventana de posibilidades, que podría dar paso a una transformación fundamental hacia una economía más saludable y democrática, no solo en lo relativo a la electricidad, sino también en lo concerniente a los alimentos, el agua y las demás necesidades de la vida. «Buscamos transformar el sistema eléctrico. Nuestra meta es adoptar un sistema de energía solar y dejar atrás el petróleo, el gas natural y el carbón — comentaba—, que son altamente contaminantes».

Su mensaje resuena especialmente a más de setenta kilómetros al sureste, en la comunidad costera de Bahía de Jobos, cerca de Salinas. Esta es una de

las áreas que está lidiando con un cúmulo de tóxicos ambientales, muchos de los cuales surgen de la quema de combustible de las anticuadas centrales eléctricas. De modo similar a lo que se hizo en Adjuntas, los residentes de esta comunidad han aprovechado los fallos eléctricos que siguieron al María para promover la energía solar mediante un proyecto llamado Coquí Solar. De la mano de académicos locales han desarrollado un plan que no solo podría producir suficiente energía para cubrir sus necesidades, sino que también mantendría las ganancias y los trabajos dentro de la comunidad. Nelson Santos Torres, uno de los organizadores de Coquí Solar, me dijo que están insistiendo en formarse en la relación con los sistemas de energía solar «para que los jóvenes de la comunidad puedan participar de la instalación», dándoles así una razón por la cual permanecer en la isla.

Cuando visité el lugar, Mónica Flores, una estudiante graduada del programa de Ciencias Ambientales de la Universidad de Puerto Rico, quien ha estado trabajando con las comunidades en torno a proyectos de energía renovable, me dijo que el manejo verdaderamente democrático de los recursos es la mejor esperanza que puede tener la isla. La gente tiene que tener la sensación, opinaba, de que «esta es nuestra energía. Esta es nuestra agua y así es como la manejamos porque creemos en este proceso y respetamos nuestra cultura, nuestra naturaleza y todo aquello que nos sostiene».

Seis meses después de la hecatombe causada por el María, decenas de organizaciones de base están uniéndose para hacer avanzar precisamente esta visión: un Puerto Rico *reimaginado* que esté gobernado por la gente y sus intereses. Como Casa Pueblo, y en medio del sinfín de disfuncionalidades e injusticias que la tormenta expuso tan claramente, ven la oportunidad de atajar las raíces de las causas que convirtieron el desastre climático en una catástrofe humana. Entre estas, la dependencia extrema de la isla de los combustibles y alimentos importados, la deuda impagable y posiblemente ilegal que se ha usado para imponer una ola tras otra de una austeridad que agrava el debilitamiento de las defensas de la isla y una relación colonial de ciento treinta años con un Gobierno estadounidense que siempre ha ignorado las vidas de los puertorriqueños.

Si el María es un maestro, arguye este movimiento emergente, la lección universal de la tormenta es que ahora no es el momento de reconstruir lo que había, sino de llevar a cabo la transformación en lo que podría ser. «Todo lo que consumimos viene del exterior y nuestras ganancias se exportan», dice Massol González, cuya cabellera se ha vuelto blanca tras décadas de lucha. Lo ideal, entonces, sería un sistema que deje atrás la deuda y la austeridad, que han hecho de Puerto Rico un lugar exponencialmente más vulnerable a los golpes del María.

Pero añadía con una sonrisa de complicidad: «Vemos las crisis como una oportunidad para cambiar».

Massol González y sus aliados saben bien que no son los únicos que ven la situación pos María como una oportunidad. Existe también otra versión muy diferente de cómo Puerto Rico debería rehacerse radicalmente después de la tormenta; la impulsa de manera agresiva el gobernador Ricardo Rosselló en reuniones con banqueros, promotores inmobiliarios, corredores de criptodivisas y, por supuesto, con la Junta de Control Fiscal, un cuerpo de siete miembros que, pese a no ser electos, ejercen el control total sobre la economía de Puerto Rico.

Para este grupo de poder la lección que el María trajo consigo no se relacionaba con los peligros de la dependencia económica y de la austeridad en tiempos de grandes acontecimientos climáticos. El problema verdadero, alegan, era el dominio público sobre la infraestructura de Puerto Rico, que carecía de los correspondientes incentivos del mercado libre. En vez de transformar esa infraestructura para que realmente funcione para el interés público, abogan a favor de venderlo a precio de saldo a los intereses privados.

Esta es solo una parte de la visión arrasadora que aspira a que Puerto Rico se transforme en una «economía del visitante», una economía con un Estado radicalmente reducido y, según temen muchos, con menos puertorriqueños viviendo en la isla. En su lugar, habrá decenas de miles de «individuos de alto valor patrimonial» provenientes de Europa, Asia y Estados Unidos, atraídos a mudarse de manera permanente por medio de una ingente cantidad de exenciones contributivas y la promesa de poder disfrutar todo el año de un estilo de vida digno de un *resort* cinco estrellas dentro de enclaves

completamente privatizados.

En cierto sentido, ambos son proyectos utópicos: tanto la visión de un Puerto Rico en el que la riqueza de la isla se maneje de manera cuidadosa y democrática por su pueblo y el proyecto del liberalismo libertario que algunos llaman «Puertopia» que está conjurándose en los salones de baile de hoteles lujosos en San Juan y en la ciudad de Nueva York. Un sueño está enraizado en el deseo de que las personas ejerzan la soberanía colectiva sobre su tierra, la energía, los alimentos y el agua; el otro, en el deseo de una pequeña élite de escapar por completo del alcance gubernamental, en liberarse para acumular ganancias privadas ilimitadas.

Mientras viajé por Puerto Rico —a sus fincas y escuelas sostenibles en la región montañosa central, a la antigua base naval de Estados Unidos en Vieques, a un legendario centro de apoyo mutuo en la costa este, a antiguas haciendas azucareras transformadas en campos solares en el sur—, descubrí estas visiones tan diferentes sobre el futuro que trataban de hacer avanzar sus respectivos proyectos antes de que la ventana de oportunidad que ha abierto la tormenta comience a cerrarse.

En el corazón de esta batalla late una cuestión muy sencilla: ¿para quién ha de ser Puerto Rico? ¿Será para los puertorriqueños o para los extranjeros? Después de un trauma colectivo como el huracán María, ¿quién tiene el derecho a decidir?

LA INVASIÓN DE LOS *PUERTOPIANS*

A principios del mes de marzo, en el lujoso Condado Vanderbilt Hotel de la ciudad de San Juan, el sueño de Puerto Rico como una utopía con fines de lucro cristalizó por completo. Del 14 al 16 de ese mes, el hotel fue la sede de *Puerto Crypto*, un evento «intensivo» de tres días para promover las criptomonedas y las cadenas de bloques, con un énfasis particular en por qué Puerto Rico será «el epicentro de este mercado de miles de billones de dólares».

Entre los conferenciantes estaba Yaron Brook, presidente del Instituto Ayn Rand, que presentó su ponencia titulada «Cómo la desregulación y las cadenas de bloques pueden convertir a Puerto Rico en el Hong Kong del Caribe». El año pasado, Brook anunció que él mismo se había mudado de California a Puerto Rico, en donde alega que pasó de pagar un 55 % de sus ingresos en impuestos a pagar menos del 4 %.

En el resto de la isla cientos de miles de puertorriqueños aún vivían alumbrados por la luz de las linternas, muchos todavía dependían de la

FEMA para recibir ayudas alimentarias y la línea principal de llamadas de emergencias de salud mental todavía estaba abarrotada. Pero dentro del Vanderbilt había poco espacio para ese tipo de noticia aguafiestas. En cambio, los ochocientos asistentes —despejados después de una selección de sesiones de «yoga al amanecer y meditación» y de «*surfing* matutino»— escuchaban de boca de los principales servidores públicos, tales como el secretario del Departamento de Desarrollo Económico y Comercio, Manuel Laboy Rivera, todas las cosas que Puerto Rico está haciendo para convertirse en el máximo parque de atracciones para los recientemente acuñados multimillonarios de la criptodivisa.

Este es el nuevo discurso que ha estado empleando el Gobierno de Puerto Rico para la *jet set* privada desde hace ya algunos años, aunque hasta hace poco estaba focalizado en el sector financiero, en Silicon Valley y en otras empresas que tienen la posibilidad de trabajar dondequiera que puedan acceder a datos informáticos. El discurso reza como sigue: no tienes que renunciar a tu ciudadanía estadounidense y ni siquiera irte técnicamente de Estados Unidos para poder escapar a sus leyes y regulaciones y a los fríos inviernos de Wall Street. Solo tienes que trasladar el domicilio fiscal de tu compañía a Puerto Rico y disfrutarás de unos impuestos corporativos alucinantemente bajos, de un 4 %, una fracción ínfima de lo que las grandes corporaciones pagan incluso después del recorte contributivo recientemente aprobado por Donald Trump. Cualquier dividendo que pague una compañía radicada en Puerto Rico a sus residentes también está libre de impuestos, gracias a una ley aprobada en 2012, denominada la Ley 20.

Los invitados a las conferencias también se enteraron de que si cambian su residencia a Puerto Rico no solo podrán surfear cada mañana sino también beneficiarse de cuantiosas ventajas impositivas personales. Gracias a una cláusula en el código de rentas internas federal, los ciudadanos estadounidenses que se mudan a Puerto Rico pueden evitar pagar impuestos federales sobre los ingresos generados en Puerto Rico. Gracias a otra ley local, la Ley 22, también podrán hacerse más ricos con una gama de reducciones impositivas y exenciones contributivas totales que incluyen el no pagar ningún impuesto sobre las ganancias patrimoniales y ningún impuesto

sobre los intereses y dividendos que se le extraigan a Puerto Rico. Esto y mucho más es parte de una apuesta desesperada para atraer capital a una isla que está, para todos los efectos, en la bancarrota.

Citando al magnate multimillonario de fondos de cobertura John Paulson, que además es dueño del hotel donde se celebró *Puerto Crypto*: «Esencialmente, puedes reducir tus impuestos como no puedes hacerlo en ninguna otra parte del mundo». (O al igual que dijera el sitio web de evasores de impuestos *Premier Offshore*: «El resto de los paraísos fiscales pudieran muy bien cerrar. [...] Puerto Rico acaba de saltar a la pista... ha hecho la mejor actuación de su vida y ha recibido una ovación»).

Con un viaje de apenas tres horas y media desde Nueva York a San Juan (o menos, todo depende del tipo de *jet* privado), lo único que hace falta para entrar en este esquema es estar de acuerdo con pasar ciento ochenta y tres días al año en Puerto Rico. En resumen: el invierno. Los residentes de Puerto Rico, vale la pena señalar, no solo están excluidos de estos programas, sino que también pagan impuestos locales muy elevados.

Los asistentes a la conferencia también oyeron acerca de todas las mejoras que le esperan a su estilo de vida si siguen a los autodenominados *puertopians* que ya han dado el salto. Como contó Manuel Laboy a *The Intercept*, para los entre quinientos y mil individuos de alto valor patrimonial que se han relocalizado desde que se firmaron las amnistías tributarias hace cinco años —y muchos de ellos, por cierto, han optado por comunidades de acceso controlado con sus propias escuelas privadas—, todo se resume a «vivir en una isla tropical con gente grandiosa, clima grandioso y piñas coladas grandiosas».

¿Y por qué no? «Estarás en una especie de vacaciones sin fin en un paraíso tropical en el que, en realidad, estás trabajando. Esa combinación, me parece, es muy poderosa.»

¿Cuál es el lema oficial de este nuevo Puerto Rico? *Paradise Performs*, es decir, el paraíso prospera.

En medio de la creciente preocupación entre los locales por el «criptocolonialismo», *Puerto Crypto* se cambió el nombre a última hora a un menos imperial *Blockchain Unbound* (Cadena de bloques sin cadenas),

aunque este no tuvo el mismo éxito. Además, para algunos en los criptocírculos, el atractivo de relocalizarse en Puerto Rico va mucho más allá de la versión de Laboy de lo que es el paraíso. Después del María, las tierras se vendían incluso más baratas, los activos públicos se subastaban a precios de saldo y miles de millones de dólares en fondos de ayuda federal para catástrofes comenzaron a llegar a las manos de los contratistas. Mientras tanto, algunos sueños particularmente grandiosos para la isla comenzaron a emerger a la superficie. Ahora, en vez de buscar simplemente mansiones en comunidades tipo *resort*, los *puertopians* están procurando comprar un pedazo de tierra lo suficientemente grande para fundar su propia ciudad, que incluya un aeropuerto y un puerto deportivo para yates, que tenga su propio pasaporte y donde todo funcione con monedas virtuales.

Algunos lo llaman «Sol» y otros lo llaman «*Crypto Land*». Incluso parece tener su propia religión: una turbulenta mezcla de supremacía de la riqueza inspirada en Ayn Rand, una filantropista *noblesse oblige*, una seudoespiritualidad inspirada en Burning Man y en varias escenas de *Avatar* vistas bajo los efectos de las drogas y recordadas a medias. A Brock Pierce, el actor infantil que se convirtió en un criptoemprendedor y que ejerce como el gurú *de facto* del movimiento, se le reconoce por valerse de aforismos *New Age* tales como «alguien con miles de millones es alguien que ha influido positivamente en las vidas de miles de millones de personas». Se cuenta que, mientras estaba en una expedición en busca de bienes raíces para identificar posibles emplazamientos para *Crypto Land*, gateó hasta el «regazo» de un árbol de Ceiba, una especie majestuosa que es sagrada en varias culturas indígenas, y que «besó los pies de un anciano».

Pero no hay que confundirse: la verdadera religión aquí es la evasión de impuestos. Como dijera recientemente a sus seguidores en YouTube un corredor de criptomonedas, antes de mudarse a Puerto Rico a tiempo para poder cumplir con la fecha límite para radicar sus impuestos: «De veras tuve que buscarlo en el mapa». (Luego admitió haber pasado por cierto «choque cultural» cuando se enteró de que los puertorriqueños hablan español, pero les dio instrucciones a sus seguidores que estén considerando seguir su ejemplo de que instalaran «la aplicación de Google Translate en su teléfono y

ya está».)

La convicción de que los impuestos son una forma de robo no es nueva entre los hombres que consideran que se han construido a sí mismos. No obstante, hay algo en el hecho de convertirse de la noche a la mañana en un famoso con dinero que, en efecto, has creado —o «minado»—, que le otorga un carácter particularmente grave de arrogancia a la decisión de no dar nada a los demás. Como dijo Reeve Collins, un *puertopian* de cuarenta y dos años, a *The New York Times*: «Esta es la primera vez en la historia de la humanidad en que gente que no son reyes ni gobiernos ni dioses pueden crear su propio dinero». Así que, ¿quién es el Gobierno para quitárselo?

Como raza, los *puertopians*, ataviados con chancletas y pantalones de surfear, son algo así como el primo vago de los Seasteaders: un movimiento de adinerados liberales libertarios que han estado conspirando desde hace años para escapar de las garras del Gobierno mediante la fundación de sus propias ciudades-estado en islas artificiales. A cualquiera que no le guste pagar impuestos o estar bajo alguna regulación simplemente se le exhorta a que, como dice el manifiesto de Seasteading, «vote con su bote».

Para aquellos que albergan estas fantasías secesionistas randianas, Puerto Rico es una carga mucho más liviana. Cuando se trata de imponer impuestos y regulaciones a los ricos, su Gobierno actual se ha rendido con un entusiasmo incomparable. Y no es en absoluto necesario tener que sufrir el duro trabajo de construir tus propias islas sobre plataformas flotantes artificiales. Como se afirmó en una sesión de *Puerto Crypto*, Puerto Rico está listo para transformarse en una «criptoisla».

Por supuesto que, al contrario de las ciudades-estado vacías con las que sueñan los Seasteaders, el Puerto Rico de la vida real tiene una población densa de puertorriqueños de carne y hueso. No obstante, la FEMA y la Oficina del Gobernador han estado haciendo lo posible para encargarse también de eso. Aunque no ha habido ningún esfuerzo fiable para rastrear los flujos migratorios desde el huracán María, se estima que unas doscientas mil personas han abandonado la isla y que muchas de estas lo han hecho con ayudas federales.

Este éxodo se presentó primero como una medida temporal de urgencia,

pero desde entonces se ha constatado que se pretende que la despoblación sea de carácter permanente. La Oficina del Gobernador de Puerto Rico augura que durante los próximos cinco años la población de la isla experimentará un «decrecimiento acumulativo» de cerca del 20 %.

Los *puertopians* saben que todo esto ha sido muy duro para los habitantes, pero insisten en que su presencia será una bendición para esa isla devastada. Bruce Pierce arguye (sin ofrecer detalles al respecto) que la criptodivisa va a ayudar a financiar la reconstrucción y el emprendimiento en Puerto Rico, incluidas la agricultura local y la energía. La enorme fuga de cerebros de Puerto Rico, dice, se contrarresta ahora con una «ganancia de cerebros», gracias a él y a sus amigos evasores. En una conferencia de inversiones en Puerto Rico, Pierce comentó filosóficamente que «es en esos momentos en los que experimentamos nuestra mayor pérdida cuando tenemos la oportunidad más grande para recomenzar y mejorar».

El propio gobernador Rosselló parece estar de acuerdo. En febrero le dijo a un público de empresarios en Nueva York que el María dejó un «lienzo en blanco» sobre el cual los inversionistas pueden pintar su propio mundo de ensueño.

UNA ISLA QUE ESTÁ HARTA DE LA EXPERIMENTACIÓN FORÁNEA

El sueño de un lienzo en blanco, de un lugar seguro para probar las ideas más alocadas, tiene un historial largo y amargo en Puerto Rico. Durante su extensa historia colonial, este archipiélago ha servido de manera ininterrumpida como un laboratorio viviente para prototipos que luego se exportan alrededor del mundo. Hubo destacados experimentos sobre control de la población que, a mediados de la década de 1960, causaron la esterilización coercitiva de más de una tercera parte de las mujeres puertorriqueñas. Muchos medicamentos peligrosos se han probado en Puerto Rico durante años y años, incluida una versión de alto riesgo de la píldora anticonceptiva que contenía una dosis de hormonas cuatro veces más concentrada que la versión que finalmente se introdujo en el mercado

estadounidense.

Vieques —que tenía dos terceras partes ocupadas por instalaciones de la Marina de Estados Unidos en las que los marines practicaban maniobras de guerra terrestre y culminaban su entrenamiento de tiro— era un campo de prueba para todo, desde el Agente Naranja hasta el uranio empobrecido y el napalm. A día de hoy, los gigantes del negocio agrícola, como Monsanto y Syngenta, usan la costa sur de Puerto Rico como un campo de experimentación, que continúa en expansión, para miles de pruebas sobre semillas modificadas genéticamente, en su mayoría de maíz y soja.

Muchos economistas puertorriqueños también han argumentado convincentemente que en la isla se inventó todo el modelo de la zona económica especial. En los años 50 y 60, mucho antes de que la era del mercado libre arrojara el mundo, los manufactureros estadounidenses se aprovecharon de la fuerza laboral de salarios bajos y de las especiales exenciones de impuestos de Puerto Rico para reubicar la industria ligera en la isla y así probar efectivamente el modelo de deslocalización laboral y las fábricas de manufactura textil.

La lista no tiene fin. El atractivo de Puerto Rico para estos experimentos se basó en una combinación tanto del control geográfico que brinda una isla como de racismo puro y duro. Juan E. Rosario, un organizador comunitario y ambientalista desde hace muchos años, me contó que su propia madre fue sometida a la experimentación con la Talidomida, y me lo explicó así: «Es una isla que está aislada y llena de personas que no tienen ningún valor. Personas desechables. Durante muchos años nos han usado como conejillos de Indias para los experimentos de Estados Unidos».

Estos experimentos han dejado cicatrices indelebles sobre la tierra y el pueblo de Puerto Rico. Son visibles en las ruinas de las fábricas que los manufactureros estadounidenses abandonaron cuando consiguieron salarios aún más bajos y regulaciones más laxas en México y más tarde en China, después de que se firmara el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y se creara la Organización Mundial de Comercio. Las cicatrices también han dejado su marca en los materiales explosivos, las municiones que no se limpian, en el cóctel diverso de químicos militares, que se tardará

décadas en purgar del ecosistema viequense, así como también en la actual crisis de salud que se vive en la pequeña isla. Y han marcado también las franjas de tierra del archipiélago que están tan contaminadas que la Agencia para la Protección Ambiental ha clasificado dieciocho de estas en la lista de sitios contaminados con desperdicios tóxicos, lo que incluye todos los efectos en la salud local que acompañan a esta toxicidad.

Pero las cicatrices más profundas pueden ser incluso más difíciles de percibir. El colonialismo en sí es un experimento social, un sistema de varias capas de controles explícitos e implícitos que está diseñado para desposeer a la gente colonizada de su cultura, su confianza y su poder. Con herramientas que van desde la fuerza bruta militar y policíaca para acabar con huelgas y rebeliones o una ley que en algún momento prohibió la bandera puertorriqueña hasta los dictámenes impuestos hoy por la Junta de Control Fiscal, los residentes de estas islas han vivido bajo esa red de control durante siglos.

En mi primer día en la isla, asistí en la Universidad de Puerto Rico a una reunión de líderes de uniones obreras en la que Rosario habló fervorosamente sobre el impacto psicológico de este experimento que aún no ha concluido. Dijo que este momento en el que tanto había en juego —cuando tantos extranjeros están llegando con sus propios planes y grandes sueños— «tenemos que saber hacia dónde vamos. Tenemos que saber dónde está nuestro objetivo final. Tenemos que saber qué es el paraíso». Y no el tipo de paraíso que «prospera» para los corredores de divisas cuyo pasatiempo es el surf, sino un paraíso que en realidad sirva a la mayoría de los puertorriqueños.

El problema, continuó, es que «la gente en Puerto Rico tiene mucho miedo a pensar en “grande”. Se espera que no soñemos, se espera que no pensemos, ni siquiera en gobernarnos a nosotros mismos. No tenemos el hábito de ver la imagen completa». Esto, dijo, es el legado más amargo del colonialismo.

El mensaje degradante que subyace en el experimento colonial se ha reforzado de maneras innumerables por la respuesta (y la falta de respuesta) oficial al huracán María. Una humillante vez tras otra, los puertorriqueños

reciben ese mensaje familiar sobre su valor relativo y su condición, al fin y al cabo, desechable. Nada ha confirmado esto más que el hecho de que ninguna esfera del Gobierno ha considerado necesario contar los muertos de forma fiable, como si la pérdida de vidas puertorriqueñas tuviera tan pocas consecuencias que no hay necesidad de documentar su extinción en masa. En el momento de redactar este libro, el recuento oficial de personas fallecidas como resultado del huracán María se mantiene en sesenta y cuatro, aunque una investigación exhaustiva del Centro de Periodismo Investigativo de Puerto Rico y *The New York Times* situó la cifra en mil. El gobernador de Puerto Rico anunció que una investigación independiente reevaluará las cifras oficiales.

Sin embargo, existe otra cara de estas revelaciones dolorosas. Los puertorriqueños ahora saben, sin duda alguna, que no tienen un Gobierno que vele por sus intereses; ni en la Fortaleza ni en la Junta de Control Fiscal impuesta (que muchos puertorriqueños recibieron con los brazos abiertos al principio, convencidos de que arrancarían la corrupción de raíz), ni mucho menos en Washington, donde la idea de ayuda y consuelo del actual presidente fue lanzar pañuelos de papel a una multitud. Eso significa que si ha de haber un nuevo gran experimento en Puerto Rico, un experimento que tenga en cuenta de manera genuina los intereses del pueblo, deben ser los propios puertorriqueños los que lo sueñen y luchen por él «desde abajo hacia arriba», como me dijo el fundador de Casa Pueblo, Alexis Massol González.

Massol está convencido de que su gente está lista para emprender la tarea. Irónicamente, gracias en parte al María. Precisamente porque la respuesta oficial al huracán ha dejado tanto que desear, los puertorriqueños de la isla y los de la diáspora se ven obligados a organizarse ellos mismos a niveles impresionantes. Casa Pueblo es solo un ejemplo de entre muchos otros. Casi sin recursos, las comunidades instauraron cocinas comunitarias inmensas, recaudaron grandes cantidades de dinero, coordinaron y distribuyeron suministros, limpiaron las calles y reconstruyeron las escuelas. En algunas comunidades incluso reconectaron la electricidad con la ayuda de trabajadores jubilados de la Autoridad de Energía Eléctrica.

No deberían haber hecho todo esto. Los puertorriqueños pagan impuestos

—el Servicio de Rentas Internas de Estados Unidos recauda anualmente en la isla unos tres mil quinientos millones de dólares— para ayudar a financiar a la FEMA y a la milicia, que se supone que deben proteger a los ciudadanos estadounidenses en un estado de emergencia. No obstante, uno de los resultados de verse forzados a salvarse a sí mismos es que muchas comunidades descubrieron la fortaleza y la capacidad que no sabían que tenían.

Ahora esta seguridad en sí mismos está penetrando rápidamente en el terreno político y con ella también las ganas entre un grupo creciente de puertorriqueños e individuos de hacer precisamente aquello que Juan Rosario dice que ha sido tan difícil en el pasado: inventar sus propias ideas, sus propios sueños de una isla paraíso que sea próspera para ellos.

«BIENVENIDA A LA TIERRA MÁGICA»

Esas fueron las palabras con las que me dieron la bienvenida a una bulliciosa escuela pública que es a la vez una finca orgánica asentada en las colinas de la espectacular región montañosa central de Puerto Rico, un lugar que se conoce por sus enormes saltos de agua, sus piscinas naturales de aguas cristalinas y sus picos de un verde electrificante.

Después de haber conducido durante hora y media a través de algunas comunidades que todavía estaban bastante golpeadas por el huracán, el panorama parecía —en efecto— extrañamente encantado. Había niños sonrientes que cultivaban habichuelas y otros que recorrían hileras de girasoles. Había hombres y mujeres jóvenes que serraban maderas y erigían afanosamente varias estructuras nuevas. Se detenían de vez en cuando para compartir ideas sobre cómo conseguir que la finca funcionara a su mayor potencial. En una región donde muchos todavía dependen de las insuficientes ayudas alimentarias gubernamentales, había mujeres mayores cortando montañas de verdura y pescado para una espléndida comida comunitaria.

El ambiente estaba tan animado y la eficiencia era tan indiscutible que me sentí como cuando estaba en Casa Pueblo: como si hubiera entrado por un portal a ese Puerto Rico paralelo, a ese lugar donde las lecciones ecológicas y económicas del huracán María se aplicaban poderosamente.

«Hacemos agricultura agroecológica», me dijo Dalma Cartagena mientras señalaba las filas de espinaca, col rizada, cilantro y mucho más. «Los niños de tercer a octavo grado hacen este trabajo, este hermoso trabajo.»

Cartagena —una agrónoma de rizos canosos trenzados y de sonrisa yóguica— está entusiasmada por cómo la agricultura ha ayudado a sus estudiantes a superar el trauma de una tormenta que fue tan feroz que parecía como si el mundo natural se hubiera ensañado con ellos. Mientras recorría los dedos por un sembradío de flores medicinales, me dijo: «Después del María, exhortamos a los alumnos a que toquen las plantas y que permitan que las plantas los toquen a ellos, porque esa es una manera de sanar el dolor y el coraje».

Cuando los estudiantes ven que las semillas que sembraron crecen y se convierten en plantas, les sirve de recordatorio de que, a pesar de todo el daño infligido por la tormenta, «eres parte de algo que siempre te está protegiendo». La fractura aparente entre ellos y la tierra comienza a sanar.

Hace dieciocho años Cartagena se hizo cargo de esta finca en el municipio de Orocovis como parte del amenazado Programa de Educación Agrícola del Departamento de Educación de Puerto Rico. Conectados por un pequeño camino a una gran escuela intermedia del pueblo —la Escuela Segunda Unidad Botijas I—, los estudiantes pasan parte del día en la finca escuchando a Cartagena explicárselo todo, desde el ciclo de nitrógeno hasta el compostaje. Vestidos con unos uniformes escolares impecables que complementan con botas de goma embadurnadas de lodo, también aprenden los conocimientos prácticos de la «agroecología», término que alude a una combinación de métodos agrícolas tradicionales que promueven la resiliencia y la protección de la biodiversidad, que rechaza los tóxicos y que se compromete a reconstruir la relación social entre los agricultores y las comunidades locales.

Cada grado atiende su propio cultivo desde que son semillas hasta el

momento de la cosecha. Algunas de las cosas que cultivan se sirven en el comedor escolar. Algunas se venden en el mercado. Y la mayoría se va a casa de los estudiantes.

Britany Berríos Torres, una estudiante de trece años, me explicó con una mirada concentrada tras unos lentes gruesos de montura negra, mientras desgranaba un montón de habichuelas: «Mi mamá puede prepararlas o puede dárselas a mi abuela para que deje de preguntarse “¿Qué voy a cocinarle a mis hijas?”». Con tanta necesidad en la isla, Berríos Torres dijo al respecto del trabajo que hace: «Me siento como si estuviéramos lanzándole un salvavidas a la humanidad».

Todo esto hace que esta finca en una escuela pública sea un caso relativamente atípico en Puerto Rico. Un legado de la economía de las plantaciones esclavistas que se instauraron primero bajo el régimen español es que mucha de la agricultura de la isla sea a escala industrial y muchos de sus cultivos existan para propósitos de exportación o experimentación. Aproximadamente un 85 % de los alimentos que los puertorriqueños consumen son importados y casi todo proviene de un solo puerto en Jacksonville, Florida (que también recibió el embate del huracán Irma el pasado mes de septiembre, lo que cortó temporalmente todo tráfico de navíos).

Con su excepcional escuela, que el Gobierno ha intentado cerrar varias veces, Cartagena está decidida a probar que esta dependencia de gente de fuera no solo es innecesaria, sino que también es un disparate. Valiéndose de técnicas agrícolas y de variedades de semillas cuidadosamente preservadas que se adaptan a la región, está convencida de que los puertorriqueños pueden nutrirse a sí mismos con alimentos saludables que cultiven en su propio suelo fértil, siempre y cuando haya suficientes tierras disponibles para una nueva generación, ya existente, de agricultores con el conocimiento necesario para hacer el trabajo.

Esta lección de autosuficiencia se mostró muy urgente después de que el huracán María arrasara estas islas. Del mismo modo que el colapso reveló los peligros del sistema eléctrico de Puerto Rico —un sistema dependiente de las importaciones y sumamente centralizado—, también desenmascaró la

vulnerabilidad extraordinaria de sus abastos de alimentos. Por toda la isla, las fincas de cultivo a escala industrial que se dedicaban al monocultivo de guineos, plátanos, papaya, café y maíz parecían haber sido arrasadas por una guadaña. Según el Departamento de Agricultura de Puerto Rico, la tormenta aniquiló más del 80 % de los cultivos de Puerto Rico, lo que significó un golpe de dos mil millones de dólares a la economía.

«Muchos agricultores convencionales están pasando hambre ahora mismo, aunque tienen una cantidad de tierras impresionante», me dijo Katia Avilés, una geógrafa ambiental y activista a favor de la agricultura ecológica. «No tenían nada para cosechar porque siguieron las instrucciones del Departamento de Agricultura» y dedicaron sus fincas a un solo cultivo comercial vulnerable.

Mientras tanto, los alimentos importados no salían mejor parados. El puerto de San Juan era un caos: los contenedores de carga estaban llenos de alimentos y de combustible que se necesitaban desesperadamente y que permanecían sin abrir. Durante semanas las estanterías de muchos supermercados estuvieron prácticamente vacías. Los lugares aislados como Orocovis sufrieron la peor parte: los residentes estaban varados en sus comunidades porque las carreteras estaban cortadas o no había combustible suficiente. Fue necesaria más de una semana para que llegara más ayuda con alimentos. Y cuando llegó, a menudo era escandalosamente inadecuada. Se trataba de raciones al estilo militar y de las famosas cajas de la FEMA que ganaron notoriedad porque estaban rellenas de Skittles, carnes procesadas y galletas Cheez-It.

En la pequeña finca de Cartagena, sin embargo, había comida nutritiva para compartir. La tormenta derribó el vivero y el aula de clases exterior, y los vientos se llevaron los guineos. Pero gran parte del cultivo que habían sembrado los estudiantes estaba bien, incluidos los tomates y los tubérculos, es decir, casi todo aquello que crece cerca o debajo de la tierra.

«Nunca cerramos la finca. Nos quedamos trabajando aquí —explicó Cartagena— limpiando y haciendo la composta como podíamos.» Al cabo de unos días, los estudiantes comenzaron a cruzar las montañas a pie para ayudar y se llevaban comida de vuelta a sus hogares para dársela a sus

familias. Sembraron flores para tratar de atraer de nuevo a las abejas.

También hubo otras ayudas. El día en el que la visité, la finca estaba llena de unos treinta agricultores que habían llegado de todas partes de Estados Unidos, Centroamérica, Canadá y Puerto Rico para ayudar a Cartagena y a sus estudiantes a reconstruir y replantar. Los visitantes formaban parte de una ola de «brigadas internacionales» que fue finca tras finca para construir corrales de gallinas, viveros y otras estructuras exteriores, así como para replantar cultivos. Esto era parte de un esfuerzo ambicioso de la Organización Boricúa de Agricultura Ecológica, de Puerto Rico, de la Climate Justice Alliance, de Estados Unidos, y de la red global de campesinos y pequeños agricultores llamada Vía Campesina.

Jesús Vázquez, defensor de la justicia ambiental, activista a favor de la soberanía alimenticia, abogado ambiental y coordinador local de las brigadas, me comentó que la experiencia de Cartagena no era única. En los días posteriores al María, los agricultores y los miembros de la comunidad se ayudaron entre ellos por toda la isla. Fue precisamente en esos espacios selectos que todavía usaban métodos tradicionales —que incluyen sembrar una variedad de cultivos y usar árboles y pastos con raíces profundas para prevenir los corrimientos de tierra y la erosión— en los únicos donde había alimentos frescos.

La yuca, la malanga, el ñame y otros tubérculos son elementos esenciales y ricos en nutrientes que forman parte de la dieta puertorriqueña; como crecen bajo el suelo, donde no los pudieron alcanzar los fuertes vientos, la mayoría estaba casi completamente protegida de los daños de la tormenta. «Algunos agricultores estaban recolectando comida el día después del huracán», recordó Vázquez. Al cabo de unas pocas semanas ya tenían cientos de kilogramos de alimentos para vender o distribuir en sus comunidades.

Avilés, Vázquez y Cartagena trabajan con la Organización Boricúa, una red de agricultores que usan estos métodos tradicionales puertorriqueños y los transmiten de generación en generación, «campesino a campesino», según la descripción de Avilés. Pero tras décadas de políticas del Gobierno estadounidense que igualaban la vida del campesino con el subdesarrollo y que convirtieron a Puerto Rico en un mercado cautivo para las importaciones

de Estados Unidos, todo lo que queda, dijo Avilés, son «islas» de fincas agroecológicas dispersas por las tres islas pobladas del archipiélago.

Durante veintiocho años la Organización Boricuá ha estado trabajando para conectar esas islas agrícolas entre sí, ha luchado por sus intereses y ha defendido públicamente que la agroecología debería ser la base del sistema alimentario de Puerto Rico, ya que es capaz de proveer «comida adecuada, accesible, nutritiva y culturalmente apropiada» para toda la población, según Vázquez. Este grupo también ha estado advirtiendo sobre los peligros del sistema de alimentos altamente centralizado del territorio, ya que aproximadamente un 90 % de las importaciones de alimento llegan por un solo punto de entrada: el puerto de San Juan. «Dentro del movimiento siempre hemos dicho que eso es un problema debido al cambio climático», me dijo Vázquez. Después de todo, si algo le pasara al puerto, «sería nuestra perdición».

Dado el poder de los lobbies de las grandes compañías agrícolas a los que se enfrentan, hacer que la gente comprenda su mensaje ha sido una batalla contra corriente. Sus opositores los presentan como reliquias anacrónicas, mientras que las importaciones y la comida basura se venden como la encarnación de la modernización. Pero el huracán María, que ha sido lo suficientemente poderoso para reajustar la geología local, también ha cambiado la topografía local.

De la noche a la mañana todo el mundo ha podido ver cuán peligroso era que esta isla fértil perdiera el control sobre su sistema agrícola, junto con tantas cosas más. «No teníamos comida, no teníamos agua, no teníamos luz y no teníamos nada», rememora Avilés. Pero en las comunidades que todavía tenían fincas locales, la gente también podía ver que la agroecología no era una pintoresca reliquia del pasado, sino una herramienta crucial para sobrevivir a un futuro aciago.

Ahora la Organización Boricuá se une a muchas otras que también han estado construyendo sus propias «islas» de autosuficiencia, que no son solo fincas, sino también oasis de energía como Casa Pueblo. También a los centros de apoyo mutuo y a los grupos de educadores y economistas que tienen planes sobre cómo los puertorriqueños pueden enfrentarse al capital

internacional y rehacer su economía y sus instituciones públicas. En conjunto, esta red puertorriqueña de movimientos de base está trazando un plan para un nuevo Puerto Rico, en el que sus habitantes tengan un papel más protagonista a la hora de forjar sus propios destinos que el que han tenido desde que España colonizó la isla en 1493. «Es una sola lucha —comentaba Katia Avilés—, que consiste en cómo nos aseguramos de que logramos una recuperación justa y de que en el futuro no vamos a darnos tan duro como lo hicimos esta vez.»

Y habrá una próxima vez. Hablé con Elizabeth Yeampierre, directora ejecutiva de UPROSE, la organización de base comunitaria latina más antigua de Brooklyn, quien también estaba en Puerto Rico como parte de las brigadas de justicia ambiental. Estaba preocupada por el hecho de que la temporada de huracanes comenzará de nuevo en tan solo unos meses. «Es imposible hablar sobre lo que ha pasado en Puerto Rico sin hablar sobre el cambio climático», que, al causar que los océanos se calienten y suban los niveles del mar, con toda seguridad traerá más tormentas que rompan todos los récords. «Sería iluso que pensáramos que esta es la última tormenta y que no habrá otros acontecimientos climatológicos extremos recurrentes.»

También opina que los puertorriqueños —valiéndose de conocimientos celosamente protegidos sobre qué semillas y especies de árboles pueden sobrevivir a estos acontecimientos extremos, así como el tipo de energía y las estructuras sociales sólidas que pueden resistir estos *shocks*— están creando un modelo que no solo es aplicable a la isla, sino también al mundo entero. Un modo de «comenzar verdaderamente a pensar sobre cómo prepararse para el hecho de que el cambio climático está aquí».

Pero si los movimientos del pueblo de Puerto Rico van a tener la oportunidad de brindar este tipo de liderazgo mundial, van a tener que hacerlo rápido, porque no son los únicos con planes radicales sobre cómo deberá transformarse la isla después del María.

LA DOCTRINA DEL *SHOCK* TRAS *SHOCK*, TRAS *SHOCK*

El día antes de que yo cruzara ese portal en Orocovis, el gobernador Ricardo Rosselló ofreció un mensaje televisado al país desde detrás de su escritorio y flanqueado por las banderas de Estados Unidos y de Puerto Rico. «Superando la adversidad, también se presentan grandes oportunidades para construir un nuevo Puerto Rico», declaró. El primer paso sería la privatización inmediata de la Autoridad de Energía Eléctrica de Puerto Rico, conocida como la AEE, que es uno de los proveedores públicos de energía más grandes de Estados Unidos y que, a pesar de sus millones de dólares en deudas, también es la que más ingresos capta.

«Se venderán activos de la AEE a empresas que transformarán el sistema de generación en un sistema moderno, eficiente y menos costoso para el pueblo», dijo Rosselló.

Este resultó ser el primer disparo de una ametralladora cargada de

anuncios similares. Dos días después, el astuto, carismático ante las cámaras y joven gobernador develó su tan esperado «plan fiscal», que incluía cerrar más de trescientas escuelas y acabar con más de dos terceras partes de las oficinas del Gobierno en la isla, reduciéndolas así de ciento quince a solo treinta y cinco. Tal y como Kate Aronoff declaró en el *The Intercept*, esto «conllevaría la deconstrucción del estado administrativo de la isla» (razón por la cual no debe ser ninguna sorpresa que Rosselló tenga tantos admiradores en el Washington de Trump).

Una semana después, el gobernador volvió a salir en la televisión y presentó un plan para permitir que en el sistema educativo se instauraran escuelas privadas chárter y se otorgaran vales educativos privados, dos medidas que el profesorado y los padres de Puerto Rico han logrado impedir con éxito varias veces en el pasado.

Este es un fenómeno al que he bautizado como «la doctrina del *shock*»; en Puerto Rico se está implantando de una manera más cruda que la que se vio cuando desmantelaron el sistema público de enseñanza y las viviendas de bajo coste de Nueva Orleans justo después del paso del huracán Katrina, cuando la ciudad todavía estaba mayormente vacía de habitantes. La secretaria de Educación de Puerto Rico, la exconsultora administrativa Julia Keleher, no tiene reparos en decir de dónde saca su inspiración: un mes después del María tuiteó que Nueva Orleans debería ser un «punto de referencia» y que «no deberíamos subestimar los daños ni la oportunidad de crear nuevas y mejores escuelas».

Un eje central de la estrategia de la doctrina del *shock* es la velocidad: impulsar una oleada de cambios radicales de una manera tan veloz que es casi imposible seguirle el paso. Así, por ejemplo, mientras que mucha de la exigua atención mediática se centra en los planes de privatización de Rosselló, un ataque igualmente significativo sobre las regulaciones y la fiscalización independiente —que está descrito en su plan fiscal— ha pasado casi desapercibido.

A este proceso le falta mucho por culminar. Se habla mucho de más privatizaciones que vienen en camino: carreteras, puentes, puertos, lanchas, sistemas de acueductos, parques nacionales y otras áreas de conservación

ambiental. Manuel Laboy, el secretario de Desarrollo Económico y Comercio de Puerto Rico, declaró a *The Intercept* que la electricidad es solo el comienzo. «Efectivamente esperamos que sucedan cosas parecidas en otros sectores de las infraestructuras. Podría ser mediante la privatización total o podría ser un verdadero modelo de APP (alianzas público-privadas).»

A pesar de la naturaleza radical de estos planes, la respuesta por parte de la sociedad puertorriqueña ha sido poco ruidosa. No hubo ninguna protesta masiva contra la primera ola de anuncios trepidantes de Rosselló. No hubo ninguna huelga como respuesta a sus planes de contraer el Estado radicalmente y de recortar las pensiones. No hubo ninguna revuelta contra los *puertopians* que están abarrotando la isla para construir su estado liberal libertario de ensueño.

Sin embargo, Puerto Rico tiene una larga historia de resistencia popular y de sindicalismo muy radical. Así que, ¿qué está sucediendo? Lo primero que hay que entender es que los puertorriqueños no experimentan una dosis extrema de la doctrina del *shock*, sino dos o incluso tres, y todas superpuestas una sobre la otra en un híbrido de la estrategia nuevo y terrorífico, lo que hace que la resistencia sea particularmente difícil.

Muchos puertorriqueños me comentaron que el capítulo más reciente de esta historia en realidad comienza en 2006, cuando se permitió que expiraran las exenciones fiscales que se usaron para atraer a los manufactureros estadounidenses a la isla, lo que dio pie a una ola devastadora de fuga de capital. Esto supuso un *shock* tan profundo a la economía de la isla que, en mayo de 2006, gran parte del Gobierno cerró temporalmente, incluso las escuelas públicas. Este fue el primer golpe. El segundo llegó cuando el sistema financiero mundial colapsó menos de dos años después y profundizó dramáticamente una crisis que ya estaba bastante encaminada.

Sin dinero y desesperado, el Gobierno de Puerto Rico recurrió a la estrategia de pedir préstamos, en parte gracias a su estatus fiscal especial para emitir bonos municipales exentos de impuestos locales, estatales y federales. También compró bonos de inversión de alto riesgo, que llegaron a acumular tasas de interés de entre el 785 % y el 1 000 %. La deuda de la isla explotó, en gran parte debido a este tipo de instrumento financiero depredador y de

préstamos que se asumieron bajo condiciones que a ojos de muchos expertos eran ilegales de acuerdo con la Constitución de Puerto Rico. Según la información recopilada por el abogado Armando Pintado, los pagos al servicio de la deuda, que incluyen intereses y otros cargos que se le pagan a la industria bancaria, aumentaron cinco veces entre 2001 y 2014, con un pico particularmente notable en 2008. Esto supuso otro *shock* más a la economía de la isla.

Y así, como parte de una historia demasiado conocida, se abusó de una atmósfera de crisis para forzar una austeridad severa a un pueblo desesperado. En 2009, el entonces gobernador de Puerto Rico aprobó una ley que declaró un «estado de emergencia» y la usó para despedir a más de diecisiete mil empleados del sector público —a los que les arrebató los derechos adquiridos— y quitar los aumentos salariales a muchos otros. Todo esto ocurrió en un momento en el que el desempleo ya rondaba el 15 %. Como ha ocurrido en todas partes (estas políticas las han impuesto recientemente desde el Reino Unido hasta Grecia), la isla no volvió a crecer ni a estar económicamente saludable. La lanzó al abismo de la falta de empleo, la recesión y la bancarrota.

Fue en este contexto cuando en 2016 el Congreso tomó la decisión drástica de aprobar la ley PROMESA, que sometió las finanzas de Puerto Rico al control de una recién creada Junta de Control Fiscal, una entidad de siete personas nombradas por el presidente de Estados Unidos. Parece que seis de ellas no viven en la isla. A este cuerpo, que esencialmente tiene la tarea de supervisar la liquidación de los activos de Puerto Rico para maximizar el pago de la deuda, así como de aprobar todas las decisiones económicas más significativas, se le conoce en Puerto Rico simplemente como «la Junta». Para muchas personas, el nombre es alusivo al hecho de que la Junta representa un tipo de golpe de estado financiero: los puertorriqueños —que no pueden elegir al presidente o al Congreso, pero que están obligados a vivir bajo las leyes de Estados Unidos— ya carecían de los derechos democráticos básicos. Al otorgarle a la Junta de Control Fiscal la capacidad de rechazar las decisiones tomadas por los representantes locales electos por Puerto Rico, ahora los ciudadanos están perdiendo los mínimos derechos que

habían ganado, marcando así una vuelta a un régimen colonial desenmascarado.

Como era de esperar, la Junta de Control Fiscal de inmediato le impuso a Puerto Rico una dieta de austeridad aún más tortuosa. Esta requería recortes profundos a las pensiones y a los servicios públicos, incluidos los servicios de salud, así como una larga lista de privatizaciones. En este periodo, el sistema escolar recibió un embate particularmente intenso. Entre 2010 y 2017 unas trescientas cuarenta escuelas públicas cerraron, prácticamente se eliminaron los programas de artes y de educación física en muchas escuelas elementales y la Junta anunció que tenía planes de recortar el presupuesto de la Universidad de Puerto Rico a la mitad.

Yarimar Bonilla, una catedrática asociada de la Universidad de Rutgers que estaba llevando a cabo un proyecto de investigación importante sobre la crisis de la deuda en Puerto Rico antes de que llegara el María, me comentó que no hay manera de comprender la estrategia de la doctrina del *shock* pos María sin reconocer que los puertorriqueños «ya estaban en un estado de *shock* y aquí ya se estaban aplicando políticas económicas severas. El Gobierno ya se había menoscabado y las expectativas que el pueblo tenía en cuanto al Gobierno también se habían menoscabado bastante». Para principios de 2017, subrayó, había partes de San Juan que parecían como si, precisamente, les hubiera pasado por encima un huracán: había ventanas rotas y edificios clausurados. Pero no fueron los fuertes vientos los que lo causaron, sino la deuda y la austeridad.

Quizás la parte más relevante de esta historia, sin embargo, sea que en 2017 los puertorriqueños resistían esta estrategia de la doctrina del *shock* con organización y militancia. Hubo resistencia en las etapas tempranas e incluso un paro general en 2009. Pero en los meses antes de que el huracán María impactara en Puerto Rico, la isla vivió uno de los momentos históricos más fuertes y unidos de la oposición.

Un movimiento popular, que exigía una auditoría independiente de la deuda, estaba ganando terreno rápidamente, motivado por la convicción de que, si se examinaban cuidadosamente las causas de la deuda, se determinaría que hasta un 60 % de los setenta mil millones de dólares que Puerto Rico

supuestamente debe se acumuló violando la Constitución de la isla y que, por lo tanto, esta deuda es ilegal. Y, añadían, si una parte significativa de la deuda es ilegal, no solo debería eliminarse, sino que se debería dismantelar la Junta de Control Fiscal y la deuda no podría usarse más como un garrote para asfixiar con austeridad y debilitar aún más la democracia. Según Eva Prados, portavoz del Frente Ciudadano por la Auditoría de la Deuda, el año anterior al huracán María, ciento cincuenta mil puertorriqueños añadieron sus nombres a una petición para auditar la deuda y miles de personas participaron en manifestaciones que reclamaban «luz y verdad».

Luego, en la primavera pasada, hubo una paulatina revuelta contra la austeridad. El estudiantado de los once recintos de la Universidad de Puerto Rico organizó una huelga histórica, que duró más de dos meses, para protestar por los planes de aumentar los costos de matrícula y de recortar el presupuesto de su *alma máter*, así como para denunciar la agenda general de austeridad. Un grupo de profesores presentó una importante demanda contra la Junta de Control Fiscal, en la que alegaban que los recortes profundos a la universidad eran un ataque ilegal a un servicio esencial. Luego, el primero de mayo de 2017, muchos de los movimientos obreros y sociales de Puerto Rico convergieron en un grito de furia: unas cien mil personas tomaron las calles para exigir el fin de la austeridad y la auditoría de la deuda, en lo que se estima que fue la segunda protesta más grande de la historia de la isla.

Estaba claro que el movimiento preocupaba a las autoridades. Después de algunos actos vandálicos contra varios bancos, el Estado comenzó una campaña intensa de mano dura contra las organizaciones clave involucradas en la movilización antiausteridad del primero de mayo. Las amenazaron con demandas costosas y encarcelaron a varios activistas.

En este ambiente de resistencia fervorosa en el que muchos pedían la dimisión de Rosselló, parecía que se aplazaban varios de sus planes más draconianos. Los recortes a la universidad estaban en la cuerda floja, así como algunas de las privatizaciones de mayor valor. Mientras tanto, se obligó a la secretaria de Educación a reducir el número de escuelas públicas que estaba previsto cerrar. No se ganaron todas las batallas, pero estaba claro que no habría una transformación total al estilo de la doctrina del *shock* en Puerto

Rico sin que hubiera una respuesta de lucha.

Entonces, llegó el huracán María. Y con él, esas mismas políticas que se habían rechazado volvieron rugiendo con una fuerza de categoría 5.

PÉRDIDA DE ESPERANZA, DISTRACCIÓN, DESESPERACIÓN Y DESAPARICIÓN

Todavía está por verse si este intento más reciente de aplicar la doctrina del *shock* tras *shock* funcionará de verdad. Si es así, no será porque los puertorriqueños estén de repente abrumadoramente de acuerdo con estas políticas. Será por el tremendo impacto de la tormenta que ha desbarajustado las vidas de millones de personas y que ha causado que suponga un reto hercúleo reconstituir la coalición antiausteridad que existía antes de la tormenta.

Es útil desmenuzar en cuatro categorías el estado extremo de *shock* del que se está abusando: la pérdida de esperanza, la distracción, la desesperación

y la desaparición.

Pérdida de esperanza porque los esfuerzos de ayuda y de reconstrucción han sido tan lentos, tan ineficaces y tan aparentemente corruptos que han causado una sensación comprensible en mucha gente de que nada podría ser peor que el *statu quo*. Esto es cierto en particular en cuanto a la electricidad. Incluso entre aquellos que ya tienen restablecido el servicio de energía eléctrica hay muchos que están experimentando apagones con regularidad. También están expuestos a amenazas diarias por parte del gobernador, que les dice que la isla completa podría acabar de nuevo en las tinieblas en cualquier momento porque la AEE está tan arruinada que no puede pagar sus deudas. En algunas partes de la isla se está racionando el agua por razones similares. Unas circunstancias como estas hacen que la posibilidad de la privatización sea más atractiva. Con un *statu quo* tan insostenible, cualquier cosa puede parecer una mejoría.

La distracción se relaciona con lo siguiente: la vida cotidiana en Puerto Rico todavía es una lucha inmensa. Hay que reparar las casas afectadas y hay que navegar por las bizantinas burocracias que ocupan todo el tiempo de quienes buscan poder pagar esas reparaciones. A aquellas personas que todavía no tienen luz ni agua todavía les esperan las filas interminables para recibir ayuda. Muchos lugares de trabajo todavía están cerrados, por lo que pagar las cuentas es todavía otro obstáculo logístico gigantesco, si es que es posible hacerlo. Cuando se suma todo esto, para muchos puertorriqueños la mecánica de la supervivencia puede ocupar cada hora del día: un estado de distracción que no es muy propicio para el compromiso político.

Para muchos, la carga de la supervivencia ha sido tan onerosa y el futuro parece tan lúgubre, que se ha asentado una desesperación profunda que está, ciertamente, alcanzando proporciones epidémicas. En los meses siguientes al huracán, las llamadas de personas que hacían amenazas creíbles de quitarse la vida desbordaban la línea de veinticuatro horas que atiende emergencias de salud mental. De acuerdo con un informe del Gobierno, más de tres mil personas que llamaban entre noviembre de 2017 y enero de 2018 reportaron haber intentado suicidarse anteriormente, un aumento del 246 % en relación con el año anterior.

Para Yarimar Bonilla, estas cifras representan no solo los impactos del María, por más devastadores que estos fueran, sino más bien los efectos acumulados de muchos golpes combinados. «Los puertorriqueños ya han pasado por una cantidad inmensa de traumas por su relación colonial con Estados Unidos», en su mayoría durante la crisis reciente de la deuda. Entonces, vino la tormenta, que, literalmente, descubrió la agonía que muchos hogares soportaban en silencio. Cuando entraron las cámaras a asomarse a los hogares que habían perdido sus techos, los puertorriqueños se vieron a sí mismos mirando las vidas de sus compatriotas y no solo presenciaron el daño de la tormenta, sino también la pobreza castigadora, las enfermedades sin tratar y el aislamiento social. En palabras de Bonilla: «Hay una tristeza de verdad aquí, en un lugar al que se le conocía por su alegría».

Hoy, dice, quizás no haya motines en las calles, pero eso no debe confundirse con un consentimiento. La pasividad aparente es, al menos en parte, el resultado de tanto dolor que se dirige hacia dentro.

Estas mismas circunstancias desesperadas han obligado a cientos de millones de puertorriqueños a tomar la decisión desgarradora de simplemente desaparecer de la isla. Se desvanecen diariamente en aviones que se dirigen a Florida y a Nueva York y a otras partes de Estados Unidos. Muchos de ellos han tenido la ayuda directa de la FEMA, que creó lo que la agencia llamó un «puente aéreo», que aerotransportaba a las personas fuera de la isla y embarcaban a otros en cruceros. Una vez llegaban al continente, se les proveían fondos para que pernoctaran en hoteles (un apoyo que está previsto que expire el 20 de mayo).

Bonilla dice que este acercamiento fue una decisión política, así como fue una decisión montar en aviones y autobuses a los residentes de Nueva Orleans y llevarlos a estados lejanos tras el huracán Katrina sin que en muchas ocasiones se les ofreciera una forma para volver, en un proceso que cambió de manera permanente la demografía de la ciudad. «En vez de ayudar a la gente aquí, de proveerle refugios aquí, de traer más generadores de electricidad a los lugares que los necesitan, de arreglar el sistema eléctrico, los exhortan a que se vayan.»

Existen varias razones por las que es posible que Washington y la Oficina

del Gobernador favorecieran vehementemente el desalojo. La desaparición de tanta gente en un periodo tan corto de tiempo, explicó Bonilla, «opera como una válvula política de escape, así que ahora mismo no tienes gente protestando en las calles porque muchas de las personas que estaban desesperadas por recibir atención médica o tenían necesidades reales que les impedían vivir sin electricidad simplemente se fueron».

Este éxodo también sienta las pautas para ese «lienzo en blanco» del cual el gobernador se ha vanagloriado frente a los inversionistas. Elizabeth Yeampierre ayudó a darles la bienvenida y el apoyo necesario a muchos de sus compatriotas puertorriqueños cuando llegaron a Estados Unidos. Sin embargo, cuando hablé con ella en la isla, dijo que su «mayor temor» es que el desalojo sea un preludio a que se apropien masivamente de las tierras. «Lo que quieren son nuestras tierras y sencillamente no quieren que nuestra gente esté en ellas.»

Muchos puertorriqueños con los que conversé también están convencidos de que hay más que incompetencia detrás de las varias maneras en las que los están empujando a los límites de lo que pueden soportar.

Como se ha relatado desde que la tormenta tocó tierra, los esfuerzos de auxilio y de reconstrucción han sido una procesión incesante de decisiones increíblemente desastrosas. Un contrato clave para suministrar treinta millones de raciones de comida se le otorgó a una empresa de la ciudad de Atlanta que tenía un historial de fracasos y un equipo de trabajo de solo una persona (únicamente se llegaron a repartir cincuenta mil comidas antes de que se cancelara el contrato). Los abastos que se necesitaban desesperadamente permanecieron almacenados durante semanas en San Juan y Florida, donde algunos se infestaron de ratas. Algunos materiales esenciales para reconstruir la red eléctrica también estaban guardados en almacenes por razones desconocidas. Whitefish Energy, una compañía operada desde Montana que tiene vínculos con el secretario del Interior, Ryan Zinke, solo tenía dos empleados a tiempo completo en la plantilla cuando consiguió el contrato de trescientos millones de dólares para ayudar a reconstruir la red eléctrica (el contrato ya se ha cancelado).

Había medidas de sentido común que simplemente se ignoraron. Como

afirmaron muchos, la administración Trump podría haber enviado rápidamente al USNS Comfort, un gigantesco hospital flotante, para resolver el taponamiento en las insuficientes instalaciones hospitalarias. Sin embargo, por el contrario, el barco llegó tarde, estuvo atracado casi sin visitas durante semanas y después se le ordenó retirarse en noviembre, cuando todavía la mitad de la isla no tenía servicio eléctrico. Asimismo, en vez de depender de contratistas de pacotilla como Whitefish, o de una compañía como Fluor, conocida por lucrarse de los desastres, la AEE pudo haber pedido que otras empresas estatales de energía eléctrica enviaran trabajadores a Puerto Rico para ayudar con la reconstrucción, ejerciendo así un derecho que tiene como miembro de la Asociación Americana de Energía Pública. Pero esperó más de un mes antes de presentar la solicitud.

Cada una de estas decisiones, incluso a pesar de que más tarde se revirtieron, supusieron un mayor atraso para los esfuerzos de recuperación. ¿Es todo esto una gran conspiración para asegurarse de que los puertorriqueños estén demasiado desesperanzados, distraídos y desesperados para resistir la amarga medicina económica de Wall Street? No creo que sea algo tan coordinado. Mucho de esto es sencillamente lo que sucede cuando durante décadas se desangra el ámbito público, se despiden trabajadores competentes y se descuida el mantenimiento básico. Sin lugar a dudas, la corrupción y el amiguismo de todos los días también entran en juego.

Sin embargo, también es cierto que muchos gobiernos han implementado una estrategia de «privar de comer para luego vender» cuando de servicios públicos se trata: hacer recortes hasta el tuétano en salud, transportes y educación hasta el punto de que las personas están tan desilusionadas y desesperadas que están dispuestas a intentar lo que sea, incluso vender todos esos servicios. Si Rosselló y la administración Trump han dado la impresión de estar notablemente despreocupados por los errores incesantes en las ayudas y la reconstrucción puede que sea porque esta actitud esté en parte basada en la asunción de que, cuanto peor se pongan las cosas, más fuerte será el argumento a favor de la privatización.

Mónica Flores, la estudiante graduada de la Universidad de Puerto Rico que está investigando la energía renovable, comentó que toda esta

experiencia ha sido como observar un choque de trenes a cámara lenta. Como tantos otros, Flores dijo que parecía imposible enfrentarse a estos problemas sistémicos cuando has perdido tu casa, cuando estás viviendo en tu coche, cuando estás yendo a casa de tus amistades a darte un baño: «Estás tratando de no desmoronarte... y las personas están inmóviles porque están asustadas, porque están perdidas, porque están simplemente intentando sobrevivir».

Muchos puertorriqueños señalan que las promesas de precios más bajos y de mayor eficiencia que vendrán con la privatización de los servicios básicos quedan desmentidas por sus propias experiencias. Las compañías telefónicas privadas han provisto un servicio deficiente en muchas partes del archipiélago y la venta en la década de los 90 del sistema de acueductos y alcantarillados resultó ser tan desastrosa en términos económicos y ambientales que tuvo que revertirse en menos de una década. Muchas personas temen que esta experiencia se repita; que si se privatiza la AEE, el Gobierno de Puerto Rico perderá una fuente importante de ingresos a la vez que se les carga la deuda multimillonaria de la corporación pública. También temen que las tarifas de la electricidad permanezcan altas y que las regiones pobres y remotas donde vive gente con menos capacidad para pagar puedan perder el acceso total a la red.

Aun así, el discurso del gobernador ha convencido a algunos porque la privatización no se presenta como una más de las soluciones a esta funesta crisis humanitaria, sino como la única solución posible. Tal y como intentan demostrar Casa Pueblo y Coquí Solar, nada hay más lejos de la verdad. Existen otros modelos —implementados exitosamente en países como Dinamarca y Alemania— que podrían mejorar significativamente la dañada y mugrienta corporación pública de Puerto Rico, a la vez que se preservaría el poder y las riquezas en manos de los puertorriqueños. Pero impulsar dichos modelos democráticos requiere de la participación política de una población que en estos momentos tiene muchas otras cosas en las que pensar.

Hay razones para albergar esperanzas, no obstante, de que una resistencia al *shock* pos María esté comenzando a echar raíces. Mercedes Martínez, la líder indomable de la Federación de Maestros de Puerto Rico, ha pasado los meses siguientes al huracán recorriendo la isla para advertir a los padres y a

los educadores de que el plan para reducir drásticamente privatizar el sistema de educación está basado en su cansancio y su trauma.

Mientras visitaba una escuela que todavía estaba cerrada en Humacao, un pueblo de la región este, le comentó a un maestro del lugar que el Gobierno «sabe que estamos hechos de carne y hueso, saben que los seres humanos se desgastan y se desaniman». Si las personas entienden que esto es una estrategia, insistió, pueden derrotarla.

«Nuestro trabajo es motivar a la gente para que sepan que es posible resistir a las cosas siempre y cuando creamos en nosotros mismos.» Esto no era solo una charla motivacional: durante los meses siguientes al María, la secretaria de Educación intentó impedir que decenas de escuelas reabrieran, alegando que estas no eran seguras. Los maestros temían que esto fuera un preludio a cerrar las escuelas para siempre.

Una y otra vez, tanto padres como maestros —que, en muchas ocasiones, habían reparado los edificios ellos mismos— lograron proteger exitosamente las escuelas de sus comunidades. «Ocuparon las escuelas, las reabrieron sin permiso... Los padres bloquearon las calles», recordó Martínez. El resultado fue que se reabrieron más de veinticinco escuelas que el Gobierno había tratado de cerrar definitivamente después de la tormenta.

Por ello, está convencida de que no importa qué prevea el plan fiscal del gobernador y no importa tampoco qué leyes privatizadoras se hayan presentado; todavía hay la posibilidad de que los puertorriqueños puedan resistir exitosamente la doctrina del *shock*, especialmente si las coaliciones que existían antes de la tormenta se reconstruyen y se expanden.

El 24 de marzo, los maestros de Puerto Rico organizaron una gran marcha para protestar contra los planes de reducir y privatizar el sistema escolar de la isla, la primera manifestación importante desde el María. Y, añade, es posible que la huelga no esté lejos.

Le pregunté a Martínez si sus miembros sentían miedo de ejecutar alguna acción que pudiera alterar la vida de las familias que ya han pasado por tantas cosas. Fue categórica: «De ninguna manera. Lo que nosotros pensamos es: ¿cómo puede el Gobierno añadir más dolor a la vida de los niños cerrando las escuelas y despidiendo a sus maestros, para después instaurar un sistema

privatizado que favorece a aquellos que ya lo tienen todo?».

LA CONVERGENCIA DE LAS ISLAS DE LA SOBERANÍA

En mi último día en Puerto Rico, subimos a otra montaña y atravesamos otro portal más. Esta vez viajaba con Sofía Gallisá Muriente, una artista puertorriqueña que había conocido anteriormente en la península de Rockaway después de la supertormenta Sandy, cuando ella había formado parte de los esfuerzos comunitarios de auxilio conocidos como *Occupy Sandy*.

Buscando el centro comunitario del barrio Mariana remontamos peligrosas carreteras estrechas de la costa este de la isla y en el ínterin tomamos varias salidas equivocadas, ya que todavía había muchos rótulos tirados en el suelo. Finalmente, le preguntamos la dirección a un hombre que había al borde de la carretera: «¿Ustedes hablan del Festival de la Pana? Es justo allá arriba».

Llegamos a un descampado en el que había cientos de personas

procedentes de todas partes del archipiélago sentadas en sillas plegables bajo una gran carpa blanca. Desde allí arriba, y mirando desde el valle al mar, podíamos ver con precisión por dónde tocó tierra primero el María.

Como nos había sugerido el hombre junto a la carretera, en efecto ese era el lugar donde se celebra anualmente el Festival de la Pana, una fruta rica en almidón y nutritiva, cuyo festejo atrae a multitudes a disfrutar de manjares y música en este barrio del municipio de Humacao. Sin embargo, la zona no había recibido ayuda alimentaria durante diez días, y tras ese periodo solo recibió cajas llenas de Skittles, por lo que las instalaciones de cocina del festival se emplearon para otro uso: las mujeres que habitualmente cocinan para la fiesta se unieron, recogieron toda la comida que pudieron y diariamente prepararon alimentos para cerca de cuatrocientas personas. Día tras día. Semana tras semana. Mes tras mes. Todavía lo están haciendo.

Rebautizado con el nombre de Proyecto de Apoyo Mutuo de Mariana, el centro se convirtió en un símbolo de los milagros que los puertorriqueños han estado logrando silenciosamente mientras el Gobierno no hace más que fallarles. Además de la cocina comunal, que reunió a la comunidad en torno a los alimentos, el proyecto comenzó a organizar brigadas para salir a limpiar escombros. Después, establecieron una programación infantil, ya que las escuelas todavía estaban cerradas.

Christine Nieves, una pensadora audaz que dejó un puesto en la escuela de negocios de la Universidad Estatal de Florida para mudarse a Puerto Rico un año antes de la tormenta, es una de las fuerzas que impulsa este proyecto. Junto con su compañero, el músico Luis Rodríguez Sánchez, se valió de sus contactos fuera de la isla para transformar el centro en un lugar de encuentro, con paneles solares y baterías de reserva, una red wifi, filtros de agua y cisternas de agua de lluvia.

Debido a que Mariana todavía no tiene luz ni agua, el Centro de Apoyo Mutuo que está en la cima de la montaña se convirtió en otro oasis energético, pues es el único lugar donde recargar aparatos electrónicos y equipo médico. La próxima etapa del proyecto, me comentó Nieves, es extender la energía solar a otras estructuras de la comunidad para conformar una microrred.

El reto más grande, añadió, ha sido ayudar a que la gente comprenda que no es necesario esperar a que otros resuelvan los problemas, y que todo el mundo puede contribuir de algún modo en cualquier momento. Quizás no tengan comida ni agua, continuó, pero la gente sabe cómo hacer cosas. «¿Sabes algo de electricidad? Pues, de hecho, tenemos un problema con el que nos puedes ayudar. ¿Sabes algo de fontanería?» Esta es también una destreza que puede ser útil.

Este proceso de descubrir el potencial subyacente en la comunidad ha sido como «abrir los ojos y de repente ver que “Espera, somos humanos y hay otras maneras de relacionarnos ahora que el sistema no está funcionando”».

Vine aquí para ver este increíble proyecto, pero también porque ese día el Proyecto de Apoyo Mutuo de Mariana acogía a varios cientos de organizadores y académicos de todo Puerto Rico, así como a un par de decenas de visitantes de Estados Unidos y Centroamérica. Convocada por PAREs, un colectivo de académicos de la Universidad de Puerto Rico que está involucrado en la lucha contra las medidas de austeridad, la reunión se anunciaba como un encuentro de organizaciones y movimientos «contra el capitalismo del desastre y por otros mundos».

Esta era la primera vez que movimientos de un espectro tan diverso se reunían desde que el María lo había cambiado todo. Muchos coincidieron en que era la primera oportunidad que habían tenido en meses de tomarse un respiro, hacer un inventario y establecer una estrategia. «Organizamos el encuentro en este momento pos María para vernos entre nosotros, hablar y ver si podemos unirnos en esta encrucijada para crear un futuro diferente», me comentó Mariolga Reyes Cruz, una integrante del colectivo PAREs y profesora del campus de Río Piedras.

Las personas que se reunieron aquí forman parte de todos los mundos paralelos que visité durante mi estancia en Puerto Rico, forman parte de todas las islas escondidas en estas islas. Vi a campesinos de la Organización Boricúa decididos a demostrar que si tienen el apoyo necesario pueden alimentar a su propia gente sin depender de las importaciones; a los guerreros solares de Casa Pueblo y Coquí Solar, que han aprovechado el momento para

impulsar una transición rápida a la energía renovable de control local; a los maestros que han organizado a sus comunidades para mantener las escuelas abiertas. Y también a miembros cansados y enlodados de las brigadas solidarias que vinieron a ayudar en la reconstrucción.

Los principales líderes de la oleada del año pasado de activismo contra la austeridad también estaban aquí: los organizadores de la huelga de estudiantes, los abogados y los economistas que reclamaban una auditoría de la deuda de Puerto Rico, los líderes sindicales y los académicos que hace tiempo que investigan en alternativas para la economía de Puerto Rico.

Después de unas breves palabras de bienvenida, los organizadores asignaron algunos temas de discusión antes de dividir a todos los asistentes en grupos más pequeños en la cumbre de la montaña. Algunos fragmentos de las conversaciones se colaban entre el bullicio de los grupos de trabajo: «Necesitamos reinención, no reconstrucción...»; «No podemos defender lo público como si fuera intrínsecamente bueno...»; «Necesitamos una moratoria a todo intento de dar una vía rápida a las escuelas privadas...»; «Una recuperación justa significa no solo responder al desastre, sino a las *causas* subyacentes al desastre».

Analizando el panorama, Christine Nieves me dijo que se sentía como en «un sueño hecho realidad que ni sabíamos que teníamos». A lo cual, añadía: «Creo que voy a recordar este momento» en el que una diversidad tan grande de grupos, muchos de los cuales no se conocían antes de la tormenta, se juntó «en este hermoso espacio abierto para preguntarnos cómo creamos una alternativa y cómo avanzamos hacia esa alternativa». Entonces, se dieron cuenta de que este era el momento en el que las cosas pasaron de la desesperación a la posibilidad.

A medida que los grupos se reunían para compartir sus conclusiones era posible detectar una síntesis emergente o, al menos, un mejor entendimiento sobre cómo los varios frentes en los que los puertorriqueños estaban luchando formaban parte de un cuadro más amplio. Se debe auditar la deuda porque cuando se cuestiona su legalidad, se fortalece el argumento para abolir la antidemocrática Junta de Control Fiscal y todo el sinfín de sus exigencias de «reformas estructurales». Eso es crucial porque los puertorriqueños no

pueden ejercer su soberanía si están sujetos a los antojos de una entidad en cuya elección no tuvieron ninguna participación.

Durante varias generaciones, la lucha por la soberanía nacional ha definido la política de Puerto Rico. ¿Quiénes están a favor de que se independice de Washington? ¿Quiénes quieren convertirlo en el estado 51, con todos los derechos democráticos? ¿Quiénes defienden el *statu quo*? Por eso, es significativo que mientras se desarrollaban las discusiones en Mariana surgiera una definición más amplia de libertad. Escuché conversaciones sobre «múltiples soberanías»: soberanía alimentaria, liberada de la dependencia de las importaciones y de los colosos de la industria agrícola; y soberanía energética, liberada de los combustibles fósiles y bajo el control de las comunidades. Y tal vez también soberanía de la vivienda, del agua y de la educación.

Lo que también parecía tomar una importancia cada vez mayor era la idea de que este modelo descentralizado es incluso más importante en el contexto del cambio climático, en el que las islas como estas van a recibir el zarandeo de muchos más acontecimientos climáticos extremos capaces de acabar con los sistemas centralizados de cualquier tipo: desde las redes de comunicación y electricidad hasta las cadenas de distribución agrícola.

El día terminó con una cena compartida preparada en la cocina comunitaria: arroz con habichuelas, ñame majado, bacalao guisado y un ron de caña aromatizado con todas las frutas de la huerta isleña. Después hubo música de trova en vivo y bailes que se prolongaron hasta más allá del atardecer. Mientras los voluntarios ayudaban a limpiar la cocina, un vecino de avanzada edad llegó para enchufar sigilosamente su máquina de oxígeno y conversar con algunos amigos.

Observar cómo esta gran reunión se transformaba orgánicamente en una fiesta me recordó la observación de Yarimar Bonilla de que, dentro de la epidemia de desesperación de Puerto Rico, «las personas que parece que están mejor son aquellas que están ayudando a otras, es decir, aquellas que están involucradas en iniciativas comunitarias». Ciertamente, este era el caso aquí. También es cierto en el caso de aquellos jóvenes a los que conocí en Orocovis, cuyos pechos se hinchaban de orgullo por cómo habían podido

llevar comida a sus familias.

Tiene sentido que ayudar tenga este efecto sanador. Pasar por un profundo trauma como el María es conocer una de las formas más extremas del sentimiento de impotencia. Durante lo que pareció ser una eternidad, las familias no pudieron comunicarse entre sí para saber si sus seres queridos estaban vivos o muertos. Había padres que no podían proteger a sus hijos del peligro. Es lógico que la mejor cura para el sentimiento de impotencia sea ayudar, ser un participante, más que un espectador, de la recuperación de tu casa, de tu comunidad y de tu tierra.

Por eso, la doctrina del *shock* como estrategia política no es solo cínica y oportunista: «es cruel», como me dijo entre lágrimas Mónica Flores. Cuando se obliga a las personas a ser testigos de cómo se les arrebatan sus recursos compartidos para venderlos, cuando les es imposible detenerlo porque están demasiado ocupados intentando sobrevivir, los capitalistas del desastre que han invadido a Puerto Rico están reforzando la parte más traumatizante del desastre al que vienen a explotar: el sentido de impotencia.

UNA CARRERA CONTRA RELOJ

Ese mismo día más temprano, uno de los ponentes había descrito el reto al que se enfrentaban como una carrera entre «la velocidad de los movimientos y la velocidad del capital».

El capital es veloz. Sin el impedimento de las normas democráticas, el gobernador y la Junta de Control Fiscal pueden ingeniarse un plan para reducir radicalmente y subastar el territorio en unas pocas semanas, e incluso menos, porque ya habían desarrollado completamente sus planes durante la crisis fiscal. Lo único que tuvieron que hacer fue desempolvarlos y volverlos a empaquetar como ayudas después del huracán para entonces dar la orden de manera oficial. Los gestores de fondos de cobertura y los criptocorredores también pueden decidir reubicarse y construir su Puertopia en un abrir y cerrar de ojos sin consultarle a nadie más que sus contables y abogados.

Es esta la razón por la cual la versión *Paradise Performs* de Puerto Rico se mueve a una velocidad tan rápida. Por ejemplo, entrevisté a Keith St. Clair, un británico de verbo rápido que se mudó a la isla para aprovechar las

exenciones fiscales y que empezó a invertir en la industria hotelera; me contó que se había reunido con el gobernador poco después del María y le dijo: «Voy a redoblar, voy a triplicar, voy a cuadruplicar la apuesta porque creo en Puerto Rico». Mientras observaba la playa prácticamente vacía de Isla Verde frente a uno de sus hoteles en San Juan («una propiedad exenta del 90 % de los impuestos»), predijo: «Esto podría ser Miami, South Beach... Eso es lo que estamos tratando de crear».

Los grupos de base aquí en Mariana no están en absoluto convencidos de que convertirse en una comunidad dormitorio en la que aterricen los plutócratas evasores de impuestos represente ningún tipo de estrategia seria de desarrollo económico. Temen que esta nueva fiebre del oro después del desastre continuará de manera descontrolada y obstaculizará las versiones tan diferentes del paraíso que ellos se atreven a imaginar para su isla.

Las tierras escasean en Puerto Rico, especialmente las de alto valor agrícola. Si todo esto se compra a precios de saldo para construir más edificios de oficinas, hoteles, campos de golf y mansiones, solo quedarán algunas migajas para las fincas sostenibles y los proyectos de energía renovable. Y si el gasto en infraestructura se derrocha en carreteras con peaje, en ferris lujosos y en aeropuertos, después no quedará nada para el transporte público ni para un sistema de alimentación local. Además, si se le da el visto bueno a la privatización de la electricidad, el modelo de microrredes solares y eólicas puede acabar siendo prohibitivamente costoso para que las comunidades decidan instaurarlo. Después de todo, las corporaciones de servicios públicos desde Nevada hasta Florida han presionado de manera exitosa a sus gobiernos estatales para que les pongan obstáculos a las fuentes renovables de energía, dado que un mercado en el que los clientes son tus competidores —porque pueden generar su propia energía y revenderla a la red— es un negocio mucho menos rentable. El plan fiscal de Rosselló ya vislumbra la idea de un impuesto nuevo que penalizaría a aquellas comunidades que decidan instalar sus propias microrredes de energía renovable.

Todas estas son alternativas catastróficas. Manuel Laboy, secretario de Desarrollo Económico de Puerto Rico, dijo que las decisiones que se tomen

en esta ventana «básicamente van a establecer los principios y las condiciones para los próximos cincuenta años».

El problema es que los movimientos, contrariamente al capital, tienden a moverse despacio. Esto es especialmente cierto en relación con los movimientos cuya existencia se centra en profundizar la democracia y en permitir que las personas de a pie definan sus propias metas para tomar las riendas de la historia.

Es algo muy positivo, por lo tanto, que los puertorriqueños no tengan que comenzar a construir este movimiento por la autodeterminación desde cero. De hecho, llevan generaciones preparándose para este momento, desde el punto más álgido de la lucha por la independencia hasta la batalla exitosa por sacar de Vieques a la Marina de Estados Unidos, a la coalición contra la austeridad y la deuda, que alcanzó su pico en los meses antes del María.

Los puertorriqueños también han estado construyendo su mundo en miniatura en esas islas de soberanía que están escondidas por toda la isla. Ahora, en Mariana, estas islas se han encontrado y forman su propio archipiélago político paralelo.

Elizabeth Yeampierre, que participó de la cumbre de Mariana, cree que a pesar de toda la devastación que ha visitado Puerto Rico, su gente tiene la fortaleza necesaria para las batallas que se aproximan. «Veo un nivel de resistencia y de apoyo que no creía posible —comentó—. Y eso me recuerda que estos son los descendientes de la colonización y de la esclavitud, y que son fuertes.» Unas semanas después de que me fuera de la isla, los sesenta grupos representados en Mariana se constituyeron en un bloque político al que llamaron JunteGente y han mantenido reuniones por todo el archipiélago. Inspirados por diferentes modelos de todo el mundo, comenzaron a esbozar una plataforma para el pueblo, que deberá unir las diferentes causas en una visión común para un Puerto Rico transformado radicalmente. Dicha visión está fundamentada en una insistencia imperturbable de que, a pesar de los cientos de años de ataques contra su soberanía, la gente en Puerto Rico es la única que tiene el derecho a definir su futuro colectivo.

Y así, seis meses después de que el María pusiera de manifiesto tantas cosas que no funcionaban y algunas pocas cosas que sí, los puertorriqueños

se encuentran enfrascados en una batalla de utopías. Los *puertopians* sueñan con alejarse radicalmente de la sociedad para retirarse a sus enclaves privados. Los grupos que se encontraron en Mariana sueñan con una sociedad con unas obligaciones y unos compromisos mucho más profundos entre ellos, con las comunidades en sí y con los sistemas naturales cuya salud es un prerrequisito para cualquier tipo de futuro seguro. De una forma muy palpable, esta es una batalla entre la soberanía para muchos frente a la secesión para unos pocos.

Por ahora, estas versiones diametralmente opuestas de la utopía están avanzando en sus propios mundos y a sus propios pasos: una, montada sobre los *shocks* y otra, a pesar de estos. No obstante, ambas están ganando poder de manera veloz y, con tanto en juego en los meses y años venideros, el choque es inevitable.

AGRADECIMIENTOS

Al equipo de *The Intercept*: Betsy Reed, Roger Hodge (editor del texto original), Charlotte Greensit, Sharon Riley (investigadora), Lauren Feeney, Andrea Jones, Philipp Hubert.

Al equipo de Haymarket: Julie Fain, Brian Baughan, Teresa Córdova Rodríguez (traducción al español), Natalia Fortuño de Jesús (corrección y edición de la traducción), Rachel Cohen (portada y diseño de interiores), Jim Plank y Anthony Arnove, quien hizo posible este proyecto.

Además: a Jackie Joiner, Avi Lewis, Angela Adrar, Katia Avilés, Federico Cintrón Moscoso, Gustavo García López, Ana Elisa Pérez, Mariolga Reyes Cruz, Juan Carlos Rivera Ramos, Jesús Vázquez, Elizabeth Yeampierre, Ruth Santiago, Bernat Tort Ortiz, Carmen Yulín Cruz, José La Luz, Sofía Gallisá Muriente, Eva Prados, Cristian Carretero, Eduardo Mariota, Ana Tijoux, The Climate Justice Alliance, UPROSE, Casa Pueblo, Organización Boricúa de Agricultura Ecológica y The Leap.

Mis más sinceros agradecimientos a los intelectuales entregados de PAREs por invitarme a Puerto Rico para ayudar a amplificar estas historias.

The Intercept_

Después de que el denunciante de la Agencia Nacional de Seguridad (NSA, por sus siglas en inglés) Edward Snowden sacara a la luz sus revelaciones en 2013, los periodistas Glenn Greenwald, Laura Poitras y Jeremy Scahill decidieron impulsar una nueva organización dedicada al tipo de reportajes requeridos para dicha información: un periodismo intrépido y antagónico. La llamaron *The Intercept* (theintercept.com).

Hoy en día, *The Intercept* es una agencia de noticias que ha recibido múltiples galardones, que cubre temas de seguridad nacional, política, libertades civiles, medio ambiente, asuntos internacionales, tecnología, justicia penal, medios de comunicación y más. Encabezados por la redactora jefa Betsy Reed, los periodistas tienen la libertad editorial necesaria para fiscalizar las instituciones poderosas, así como el apoyo que necesitan para llevar a cabo investigaciones que desvelan la corrupción y la injusticia.

Los colaboradores habituales incluyen a Mehdi Hasan, Naomi Klein, Shaun King, Sharon Lerner, James Risen, Liliana Segura y a los cofundadores Glenn Greenwald y Jeremy Scahill. El fundador de eBay y filántropo, Pierre Omidyar, proporcionó los fondos para poner en marcha *The Intercept* y continúa prestando su apoyo mediante First Look Media Works, una organización sin ánimo de lucro.

La batalla por el paraíso
Naomi Klein

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Battle for Paradise*

Publicado originalmente en inglés por *The Intercept*, <theintercept.com>, y en castellano para Puerto Rico por Haymarket Books, Chicago, EE. UU. Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Roam Agency e International Editors' Co.

© del diseño de la portada, Rachel Cohen

© de la adaptación del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© Naomi Klein, 2018

© de esta edición en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2019

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-493-3555-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldelllibre.com